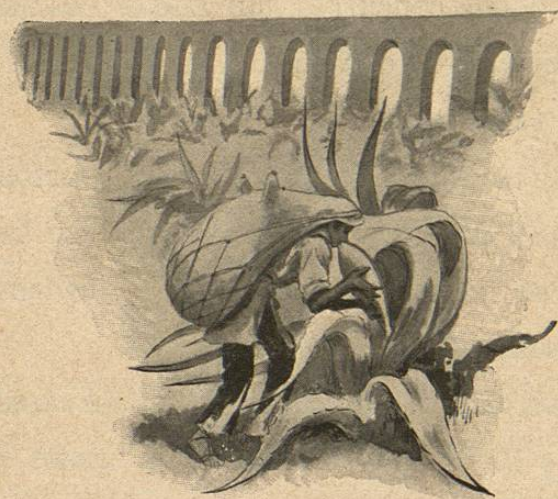


un testigo de su buena conducta. Los hombres de fina educación y entendimiento, cuando se resuelven á ser hombres de bien, casi siempre desempeñan este título lisonjero.

Yo me volví á San Agustín y viví tranquilo muchos años.



CAPÍTULO XIV

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia

No me quedé muy contento con la ausencia de don Tadeo; su falta cada día me era más sensible, porque no me fué fácil hallar un dependiente bueno en mucho tiempo. Varios tuve, pero todos me salieron averiados;

pues el que no era ebrio, era jugador; el que no era jugador, enamoraba; el que no enamoraba, era flojo; el que no tenía este defecto era inútil, y el que era hábil, sabía darle sus desconocidas al cajón.

Entonces advertí cuán difícil es hallar un dependiente enteramente bueno y cómo se deben apreciar cuando se encuentran.

Sin embargo de mi soledad, no dejaba yo de venir á México con frecuencia á mis negocios. Visitaba á mi amo, á quien cada día merecía más pruebas de confianza y amistad, y no dejaba de ver á Pelayo, ya en la iglesia, ya en su casa, y siempre lo hallaba padre y amigo verdadero.

Casualmente encontré un día al padre capellán de mi amo, el chino, en el cuarto de mi amigo Pelayo. Este padre capellán tenía mucha retentiva ó conservaba fijamente las ideas que aprendía con viveza, y como por mí disfrutaba el acomodo que tenía y fué causa de que saliera yo de la casa de su patrón, retuvo muy bien en su fantasía mi figura, y al instante que me vió me conoció, y mirando que el padre Pelayo me hacía mucho aprecio, me habló con el mismo, y satisfecho de la mutación de mis costumbres por sus preguntas, por el asiento de mi conversación y por el informe de Pelayo, se me dió por conocido, alabó mi reforma, procuró confirmarme en ella con sus buenos consejos, me dió las gracias

por el influjo que había tenido en su colocación, me aseguró en su amistad y me llevó á la casa del asiático, á pesar de mi resistencia, porque le tenía yo mucha vergüenza.

Luego que entramos le dijo el capellán:—Aquí tiene usted á su antiguo amigo y dependiente don Pedro Sarmiento, de quien tantas veces hemos hecho memoria. Ya es digno de la amistad de usted, porque no es un joven vicioso ni atolondrado, sino un hombre de juicio y de una conducta arreglada á las leyes del honor y de la religión.

Entonces mi amo se levantó de su butaque, y dándome un apretado abrazo, me dijo:—Mucho gusto tengo de verte otra vez y de saber que por fin te has enmendado y has sabido aprovecharte del entendimiento que te dió el cielo. Siéntate, hoy comerás conmigo, y créete que te serviré en cuanto pueda, mientras que seas hombre de bien; porque desde que te conocí te quise, y por lo mismo sentí tu ausencia; deseaba verte, y hoy que lo he conseguido estoy hartamente contento y placentero.

Le dí mil gracias por su favor; comimos, le informé de mi situación y en dónde estaba; le ofrecí mis cortos haberes; le supliqué que honrara mi casa de cuando en cuando, y después de recibir de él las más tiernas demostraciones de cariño, me marché para mi San Agustín de las Cuevas, aunque ya no se disolvió la amistad reci-

proca entre el asiático, su capellán y yo; porque los visitaba en México, los obsequiaba en mi casa cuando me visitaban, nos regalábamos mutuamente y nos llegamos á tratar con la mayor afabilidad y cariño.

También en uno de los días que venía á México encontré al pobre Andresillo, muy roto y despilfarrado; me habló con mucho respeto y estimación; me llevó casi á fuerza á su casa; me dió su buena mujer de almorzar, y el pobre no supo qué hacerse conmigo para manifestarme su gratitud.

Yo me compadecí de su situación, y le pregunté que por qué estaba tan de capa caída, que si no valía nada su oficio, que si él jugaba, ó era muy disipadora su mujer. — Nada de eso hay, señor, me dijo Andrés; yo ni conozco la baraja; no soy tan chambón en mi oficio, y mi mujer es inmejorable, porque se pasa de económica á mezquina; pero está México, señor, hecho una lástima. Para diez que se hacen la barba, hay diez mil barberos; ya sabe su mercé que en las ciudades grandes sobra todo, y así creo que hay más barberos que barbados en México. Solamente los domingos y fiestas de guardar rapo quince ó veinte de á medio real, y en la semana no llegan á seis. Esto de dar sangrías, echar ventosas ó sanguijuelas, curar cáusticos y cosas semejantes, apenas lo pruebo; con esto no tengo para mantenerme, porque en la ciudad se gasta doble que en los pueblos, y como

primero es comer que nada, cate usted que lo poco que gano me lo como, y no tengo ni con qué vestirme, ni con qué pagar la accesoría.

Condolido yo con la sencilla narración de Andrés, le propuse que si quería irse á mi casa lo acomodaría de cajero, dándole lugar á que buscara lo que pudiera con su oficio.

El infeliz vió el cielo abierto con semejante propuesta, que admitió en el momento, y desde luego dispuso sus cosas de modo que en el mismo día se fué conmigo.

Él era vulgar, pero no tonto. Fácilmente aprendió el mecanismo de una tienda, y me salió tan hombre de bien, que en puntos de despacho y fidelidad no extrañaba yo á mi buen amigo don Tadeo, á quien tampoco dejé de visitar, ni á su yerno don Jacobo, á quien visité en su casa con frecuencia, y tuve el gusto de verlo casado y contento con la señorita doña Rosalía, á la que ví muy niña cuando la conocí por hija del trapiento.

Estas amistades tuve y conservé cuando fuí hombre de bien, y jamás hubo motivo de arrepentirme de ellas. Prueba evidente de que la buena y verdadera amistad no es tan rara como parece; pero ésta se halla entre los buenos, no entre los pícaros, aduladores y viciosos.

Cosa de cuatro años viví muy contento en el estado de viudo en San Agustín de las Cuevas, adelantando á

mi amo su principal, contando quieto y sosegado seis ú ocho mil pesos míos, visitando muy gustoso á mi amo, al chino, á Roque, á Pelayo, á Jacobo y á Tadeo, y durmiendo con aquella tranquilidad que permite una conciencia libre de remordimientos.

Una tarde, estando paseándome bajo los portales de la tienda, ví llegar al mesón, que estaba inmediato, una pobre mujer estirando un burro, el que conducía á un viejo miserable. El burro ya no podía andar, y si daba algunos pasos era acosado por una muchachilla que venía también azotándole las ancas con una vara.

Entraron al mesón, y á poco rato se me presentó la niña, que era como de catorce años, muy blanca, rota, descalza, muy bonita y llena de congoja; tartamudeando las palabras y derramando lágrimas en abundancia, me dijo: — Señor, sé que usted es el dueño del mesón; mi padre viene muriéndose y mi madre también. Por Dios, dénos usted posada, que no tenemos ni medio con que pagar, porque nos han robado en el camino.

He dicho que yo debí á Dios una alma sensible y me condolía de los males de mis semejantes en medio de mis locuras y extravíos. Según esto, fácil es concebir que en este momento me interesé desde luego en la suerte de aquellos infelices. En efecto, me pareció muy poco el mandar alojarlos en el mesón, y así respondí á la mensajera: — Niña, no llores, anda y haz que tu

madre y tu padre vengan á mi casa, y diles que no se aflijan.

La niña se fué corriendo muy contenta, y á pocos minutos volvió con sus ancianos padres. Los hice entrar en mi casa, ordené que les dieran un cuarto limpio y que los asistieran con mucho cuidado.

Conforme á mis órdenes, Andrés dispuso que les pusieran camas y que les dieran de cenar muy bien, sin perdonar cuanto gasto consideró necesario á su alivio.

Yo me alegré de verlo tan liberal en los casos en que una extrema necesidad lo exigía, y á las diez de la noche, deseando saber quiénes eran mis huéspedes, entré á su cuartito y hallé al pobre viejo acostado sobre un colchoncito de paja; su esposa, que era una señora como de cuarenta años ó poco menos, estaba junto á su cabecera, y la niña sentada á los pies de la misma cama.

Luego que me vieron se levantaron la señora y la niña, y el anciano quiso hacer lo mismo; mas yo no lo consentí, antes hice sentar á las pobres mujeres y yo me acomodé inmediato al enfermo.

Le pregunté de dónde era, qué padecía y cuándo ó cómo lo habían robado.

El triste anciano, manifestando la congoja de su espíritu, suspiró y me dijo: — Señor, los más de los acaecimientos de mi vida son lastimosos; usted, á lo que me

parece, es bastante compasivo, y para los corazones sensibles no es obsequio el referirles lástimas.

—Es cierto, amigo, le contesté, que para los que aman como deben á sus semejantes es ingrata la relación de sus miserias; pero también puede ser motivo de que experimenten alguna dulzura interior, especialmente cuando las pueden aliviar de algún modo. Yo me hallo en este caso, y así quiero oír los infortunios de usted, no por mera curiosidad, sino por ver si puedo serle útil de alguna manera.

—Pues señor, continuó el pobre anciano, si ese es solo el piadoso designio de usted oiga en compendio mis desgracias:

Mis padres fueron nobles y ricos, y yo hubiera gozado la herencia que me dejaron si hubiera mi albacea sido hombre de bien; pero éste disipó mis haberes y me ví reducido á la miseria. En este estado serví á un caballero rico que me quiso como padre, y me dejó cuanto tuvo á su fallecimiento. Me incliné al comercio, y de resultas de un contrabando, perdí todos mis bienes de la noche á la mañana. Cuando comenzaba á reponerme, á costa de mucho trabajo, me dió gana de casarme, y lo verifiqué con esta pobre señora, á quien he hecho desgraciada. Era hermosa, la llevé á México, la vió un marqués, se apasionó de ella, halló una honrada resistencia en mi esposa y trató de vengarse con la mayor

villanía, me imputó un crimen que no había cometido y me redujo á una prisión. Por fin, á la hora de su muerte, le tocó Dios y me volvió mi honor y los intereses que perdí por su causa. Salí de la prisión y...—Perdone usted, señor, le interrumpí diciéndole: ¿cómo se llama usted?—Antonio. —¡Antonio!—Sí, señor. —¿Tuvo usted algún amigo en la cárcel á quien socorrió en los últimos días de su prisión?—Sí, tuve, me dijo, á un pobre joven, que era conocido por Periquillo Sarniento; muchacho bien nacido, de fina educación, de no vulgares talentos y de buen corazón, harto dispuesto para haber sido hombre de bien; pero por su desgracia se dió á la amistad de algunos pícaros, éstos lo pervirtieron, y por su causa se vió en aquella cárcel.

Yo, conociendo sus prendas morales, lo quise, le hice el bien que pude, y aun le encargué me escribiera á Orizaba su paradero. El mismo encargo hice á su escribano, un tal Chanfaina, á quien le dejé cien pesos para que agitara su negocio y le diera de comer mientras estuviera en la cárcel; pero ni uno ni otro me escribieron jamás. Del escribano nada siento, y acaso se aprovecharía de mi dinero; pero de Periquillo siempre sentiré su ingratitud.

—Con razón, señor, le dije, fué un ingrato; debía haber conservado la amistad de un hombre tan benéfico y liberal como usted. Quién sabe cuáles habrán sido sus